

EL QUE HONRA A DIOS, DIOS LE HONRA

Presidente Thomas S. Monson
Primer Consejero de la Primera Presidencia



"El sentimiento más dulce que se puede experimentar en la tierra es el de darse cuenta de que Dios, nuestro Padre Celestial, conoce a cada uno de nosotros y nos permite ver y compartir Su poder divino para salvar."

No es empresa fácil el estar ante ustedes esta noche. Estoy impresionado por su fe, asombrado de su potencial e inspirado por su devoción al deber en la causa del Maestro.

Un querido amigo y colega en la obra del Señor, el élder Bruce R. McConkie, tenía un himno favorito que le gustaba escuchar. Decía que las palabras de esa canción lo inspiraban a tratar de hacer lo mejor. Estas son dos de las estrofas:

Oh vos que sois llamados a ministrar por Dios,
con santo sacerdocio, llamados por
Su voz a predicar al mundo palabras de solaz,
y alto en las montañas, verdad, amor y paz...
...El os para consuelo y os enseñara;
estará con vosotros, y os protegerá.
("Oh vos que sois llamados", Himnos, 207).

¡Qué gran promesa proclaman estas bellas palabras! Se aplican a ustedes, jovencitos poseedores del Sacerdocio Aarónico, y a sus padres y a otros hermanos que han recibido el Sacerdocio de Melquisedec.

Parece que fue ayer que era secretario del quórum de diáconos de mi barrio. Nos instruían hombres sabios y pacientes que nos enseñaban de las Santas Escrituras, hombres que nos conocían bien. Ellos dedicaban el tiempo para escuchar y para reír, para edificar e inspirar, para recalcar que nosotros, como el Señor, podíamos aumentar en estatura y sabiduría, y en gracia para con Dios y los hombres (véase Lucas 2:52). Eran ejemplos para nosotros. Su vida era un reflejo de su testimonio.

La juventud es una época para progresar. Durante esos años formativos, nuestra mente es receptiva a la verdad, pero a la vez, receptiva también al error. La responsabilidad para decidir recae sobre cada diácono, maestro y presbítero. Con el paso de los años, las opciones se vuelven más complejas, y a veces estaremos tentados a vacilar. La necesidad de tener un código personal de honor surge no solamente a diario, sino que con frecuencia muchas veces en un día.

El consejo que se encuentra en uno de los himnos que cantamos con frecuencia en nuestras reuniones nos brinda una guía inspirada:

Haz el bien; cuando tomes decisiones,
el Espíritu te guiara.
Y Su luz, si hacer el bien escoges,

en tu vida siempre brillara.

("Haz el bien", Himnos, Nº 155).

La determinación de hacer lo correcto puede llegar a temprana edad. Un día en el cementerio, después de asistir a un hermoso funeral, cerca del sepulcro todavía abierto, vi a un niño; tenía en el rostro una expresión de inocencia, y en sus ojos brillaba la promesa de un futuro brillante. Le dije: "Jovencito, algún día tú serás un gran misionero. ¿Cuántos años tienes?"

Me respondió: "Diez".

"Dentro de nueve años te vamos a buscar para que cumplas una misión", le asegure. Su respuesta inmediata me reveló algo en cuanto a él; me dijo: "Hermano Monson, no tendrán que buscarme, porque yo iré a buscarlos a ustedes".

Jovencitos, ustedes aprenden de sus padres algunas de las lecciones de la vida, mientras que otras se aprenden en la escuela o en la Iglesia. No obstante, hay ciertos momentos en que se dan cuenta de que nuestro Padre Celestial es el Maestro y ustedes son los alumnos. Quisiera contarles una lección que me enseñaron eficazmente y que aprendí para siempre. Esta tiene que ver con la natación, pero va mucho más allá de la habilidad para nadar.

Aprendí a nadar en las veloces corrientes del río Provo, que corre por el hermoso Cañón de Provo. El "pozo" de natación de entonces se encontraba en una parte profunda del río, y se había formado a causa de una enorme roca que cayó en él y que me imagino se habrá desprendido cuando los trabajadores del ferrocarril dinamitaron el cañón. El pozo era peligroso, con una profundidad de aproximadamente cinco metros, con las corrientes que se estrellaban violentamente contra la roca y la succión de los remolinos debajo de ella. No era lugar para un novato ni para un nadador inexperto.

Una cálida tarde de verano, cuando tenía aproximadamente doce o trece años, saque la cámara de uno de los neumáticos del tractor, me la eche sobre el hombro y me fui descalzo por las vías del ferrocarril que corrían paralelas a la orilla del río. Entre al agua a poco más de un kilómetro de distancia del hoyo donde nadaba, me instale cómodamente en la cámara y me dejé ir flotando plácidamente corriente abajo. El río no me asustaba, pues conocía todos sus secretos.

Ese mismo día, los inmigrantes griegos realizaban una reunión en el Parque Vivian, que estaba en el Cañón de Provo, tal como lo hacían todos los años. La comida típica, los juegos y los bailes eran parte de la diversión; pero algunas personas se fueron de la fiesta para ir a nadar en el río; cuando llegaron al "pozo", no había nadie porque las sombras de la tarde ya empezaban a oscurecer el lugar.

La cámara había empezado a sacudirse, pues estaba a punto de entrar en la parte más rápida del río, precisamente donde daba comienzo el pozo, cuando oí unos gritos frenéticos: "¡Sálvenla! ¡Sálvenla!" Una jovencita, acostumbrada a nadar en las aguas tranquilas de una piscina de natación, se había resbalado de la roca y caído entre los peligrosos remolinos; ninguno de los que la acompañaban sabía nadar para

salvarla. Y justo en ese momento llegue yo a la escena trágica. Vi la cabeza de la joven que desaparecía bajo el agua por tercera vez, para hundirse en lo que podía ser una tumba permanente; extendí la mano y la agarre por los cabellos, la levante hasta que pude sostenerla con ambos brazos y la coloque en la cámara conmigo. En el otro extremo del pozo el agua era más tranquila, y hacia allí me dirigi con mi valiosa carga, hasta los parientes y amigos que esperaban en la orilla. Todos la abrazaron y la besaron, exclamando: "¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios que estas bien!" Luego, me abrazaron y me besaron a mí. Un tanto avergonzado, me apresure a volver a mi cámara y continué flotando hasta el puente del Parque Vivian. El agua estaba helada, pero yo no tenía frío porque me embargaba un cálido sentimiento. Me di cuenta de que había participado en el rescate de una vida. El Padre Celestial había escuchado las suplicas: "¡Sálvenla! ¡Sálvenla!", y me permitió a mí, un diácono, flotar por ahí en el preciso momento en que se me necesitaba. Ese día aprendí que el sentimiento más dulce que se puede experimentar en la tierra es el de darse cuenta de que Dios, nuestro Padre Celestial, conoce a cada uno de nosotros y nos permite ver y compartir Su poder divino para salvar.

Oren siempre al desempeñar sus responsabilidades del sacerdocio y nunca se encontraran en la situación de "Alicia en el País de las Maravillas". Como dice Lewis Carroll [el autor], Alicia iba por un sendero del bosque, en el País de las Maravillas, cuando vio que el camino se bifurcaba. Indecisa, le preguntó al gato que repentinamente había aparecido en la rama de un árbol cercano cual sendero debía tomar. "¿A dónde quieres ir?", preguntó a su vez el gato.

"No lo sé", contestó Alicia.

"Entonces", le dijo el gato, "en realidad no tiene importancia, no es así?"

Nosotros, los poseedores del sacerdocio, sabemos a dónde queremos ir. Nuestro objetivo es el Reino Celestial de nuestro Padre Celestial, y tenemos el sagrado deber de seguir el sendero bien definido que conduce allí.

Muy pronto estarán listos para cumplir una misión; es maravilloso que estén dispuestos y preparados para servir dondequiera que el Espíritu del Señor lo indique. Esto en si es un milagro moderno, considerando la época en la que vivimos.

La labor misional es un trabajo arduo. El servicio misional es difícil y requiere largas horas de estudio y preparación, a fin de que el misionero este a la altura del mensaje divino que proclama. Es una labor de amor, pero también de sacrificio y devoción al deber.

La madre de un futuro misionero me preguntó una vez ansiosamente que le recomendaría a su hijo que aprendiera antes de recibir su llamamiento misional. Estoy seguro de que esperaba una respuesta profunda sobre los requisitos más conocidos para el servicio, que nos resultan familiares a todos. No obstante, le dije:

"Enséñele a su hijo a cocinar; pero, lo que es más importante aún, enséñele a llevarse bien con los demás. Será mucho más feliz y útil si adquiere esas dos importantes habilidades".

Jovencitos, cuando ustedes aprenden sus deberes de diácono, maestro y presbítero, y luego llevan a cabo esos deberes con determinación y amor, sabiendo que están en los asuntos del Señor, se están preparando para la misión.

Algunas lecciones se aprenden sencillamente. Hace unas semanas, me encontraba en una reunión sacramental que se efectuó en una casa de convalecencia, en Salt Lake City. Los presbíteros que iban a encargarse de la Santa Cena estaban sentados reverentemente antes de cumplir sus deberes, cuando se anunció el himno de apertura. Uno de los pacientes, que estaba en una de las filas del frente, tenía dificultad para abrir el himnario. Sin que nadie se lo pidiera, uno de los jovencitos se acercó al paciente, y, volviendo suavemente las páginas hasta el himno, tomó un dedo del hermano imposibilitado y se lo puso al comienzo de la primera estrofa del himno. Se intercambiaron sonrisas y el presbítero regresó a su asiento. Aquella modesta señal de amor y cortesía me impresionó. Lo felicite y le dije: "Usted va a ser un buen misionero".

Algunos misioneros son bendecidos con la facilidad de expresarse, mientras que otros poseen un conocimiento superior del evangelio. Sin embargo, hay otros que son un poco más lentos en dar frutos, pero que con el correr de los días van adquiriendo habilidad y aumentando en eficacia. Eviten la tentación de desear puestos de liderazgo en la misión. No importa si se es líder de distrito o de zona o ayudante del presidente. Lo importante es que uno se esfuerce por hacer lo mejor en la obra para la que ha sido llamado. Yo tuve algunos misioneros que eran tan eficaces para capacitar a los nuevos misioneros que me era imposible prescindir de ellos dándoles otras asignaciones de liderazgo.

El comienzo en la obra misional a veces puede ser una experiencia abrumadora y atemorizante. El presidente Harold B. Lee me habló un día en cuanto a aquellos que se sienten incapaces y que se preocupan cuando reciben una asignación en la Iglesia. El aconsejaba lo siguiente: "Recuerda, a quien el Señor llama, el Señor califica".

Cuando fui Presidente de la Misión Canadiense, con sede en Toronto, llegó a nuestra misión un misionero que no poseía algunas de las habilidades de los demás misioneros, y que, sin embargo, se entregó totalmente a sus labores misionales. El trabajo era difícil para él; no obstante, se esforzó valientemente por hacer lo mejor.

En una conferencia de zona en la que estuvo presente una Autoridad General, a los misioneros no les había ido muy bien en una pequeña prueba que les había hecho el visitante sobre las Escrituras; con cierto sarcasmo, el comentó: "Mmmm... no creo que este grupo sepa siquiera los nombres de los folletos misionales básicos ni de sus autores".

Consideré ese comentario un desafío que no podía resistir. "Le aseguro que los saben", afirme.

"Bien, veremos", me respondió, y les pidió que se pusieran de pie. Al seleccionar a un misionero para probar lo que había dicho, no escogió a ninguno de los jóvenes sobresalientes, de experiencia y conocimiento, sino a mi nuevo misionero, aquel al

que le era tan difícil aprender. Se me cayó el alma a los pies. Observe la expresión suplicante del élder y me di cuenta de que estaba paralizado de temor. Y ore... ¡con cuento fervor ore!: "Padre Celestial, ¡ven a su rescate!" Y Él lo hizo. Después de una larga pausa, el visitante le preguntó: "¿Quién es el autor del folleto El plan de salvación?"

Después de lo que pareció una eternidad, el tímido misionero respondió: "John Morgan".

"Y quién escribió ¿Cuál es la iglesia verdadera?"

De nuevo una pausa, y luego la respuesta: "Mark E. Petersen".

"¿y El diezmo del Señor?"

"James E. Talmage escribió ese", contestó el.

Y así continuó con toda la lista de folletos misionales que utilizábamos. Al terminar, le hizo otra pregunta: "¿Hay algún otro folleto?"

"Si, se llama ¿Que sigue después del bautismo?"

"¿Quién lo escribió?"

Sin vacilar, el misionero contestó: "El nombre del autor no aparece en el folleto, pero el presidente de la misión me dijo que fue escrito por el élder Mark E. Petersen, por asignación del presidente David O. McKay".

La Autoridad General procedió entonces a demostrar su grandeza; volviéndose a mí, me dijo: "Presidente Monson, les debo una disculpa a usted y a sus misioneros. No hay duda: realmente conocen los folletos básicos y sus autores". Esa actitud despertó mi admiración por él y llegamos a ser muy buenos amigos.

¿Y que le sucedió a aquel misionero? Terminó la misión honorablemente y volvió a su casa en el oeste. Más tarde, fue llamado para prestar servicio como obispo de un barrio. Todos los años recibo una tarjeta de Navidad de él y su esposa y familia.

Siempre firma su nombre y luego agrega este comentario: "Su mejor misionero".

Todos los años, cuando llega la tarjeta, pienso en esa experiencia, y la lección que se encuentra en el primer libro de Samuel, en la Santa Biblia, me llega al alma. Recordaran que el profeta Samuel recibió el mandato del Señor de ir a Belén, a ver a Isaí, con la revelación de que se encontraría un rey entre los hijos de este. Samuel hizo lo que el Señor le mandó. Uno a uno, los hijos de Isaí se presentaron ante Samuel, siete de ellos. Aunque eran hermosos y de buena apariencia, el Señor le dijo a Samuel que no habría de elegir a ninguno.

"Entonces dijo Samuel a Isaí: ¿Son estos todos tus hijos? Y él respondió: Queda aún el menor, que apacienta las ovejas. Y dijo Samuel a Isaí Envía por el "Envío, pues, por él, y le hizo entrar... Entonces Jehová dijo:

Levántate y úngelo, porque este es" (1 Samuel 16:1112).

La lección que debemos aprender se encuentra en el mismo capítulo del primer libro de Samuel, en el versículo 7: "...el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón".

Los poseedores del sacerdocio, todos nosotros unidos, podemos hacernos dignos de la influencia guiadora de nuestro Padre Celestial al desempeñar nuestros respectivos llamamientos. Estamos embarcados en la obra del Señor Jesucristo. Nosotros, como los de antaño, hemos respondido a Su llamado. Estamos en Sus asuntos y llevaremos a cabo con éxito este solemne mandato que dio Mormón de declarar la palabra del Señor entre Su pueblo:

"He aquí, soy discípulo de Jesucristo, el Hijo de Dios. He sido llamado por El para declarar su palabra entre los de su pueblo, a fin de que alcancen la vida eterna" (3 Nefi 5:13).

Que siempre recordemos la verdad de que "El que honra a Dios, Dios le honra". En el nombre de Jesucristo. Amén.